

El cumpleaños de Marta

Francisco José Sanguino

Espasmo de glotis

Una mujer de unos treinta años busca un banco en el parque para sentarse. Va vestida informal y lleva una pequeña mochila. Tiene aspecto de cansada o malhumorada. Se sienta. Mientras hojea a toda prisa una revista de viajes, saca algo para comer. Puede que algún pastel infestado de grasa vegetal. De repente, detiene la lectura: algo se le ha quedado pegado en la garganta como un chicle en el asfalto. Observa la mitad del pastel que le queda con la inquietud de un forense. Levanta la cabeza, gira el cuello, encoge la lengua, intenta sacarse la bola o tragarla de algún modo, pero es imposible. Se lleva una mano al cuello del jersey y estira de la lana. Tiene una arcada, pero ni así consigue deshacerse de ese trozo masticado que le ahoga y no sabe dónde. El caso es que tiene la sensación de que ya no está respirando. Deja el pastel suavemente sobre la madera, intenta relajarse, levantarse, pero advierte que la mejor posición es echada hacia atrás. La presión aumenta, la angustia se le echa encima. Marta se resiste a imaginar que sus pulmones ya no toman aire, que su corazón ha dejado de volcar en las arterias otro golpe más de sangre espesa por culpa de una ensaimada.

Marta se vence hacia atrás y cierra los ojos. O cree que los ha cerrado. De golpe y al fondo, unos focos que iluminan un espacio

negro como la boca de un lobo, una enorme bola de telas de cristal girando sobre sí misma y despidiendo miles de haces de luz, el sonido lejano de una canción que recuerda vagamente, pero que no acierta a ponerle título.

Un paisaje de luces móviles y el sonido estridente que le golpea los oídos. Tres cantantes en escena sacadas de un programa musical televisivo de los setenta.

Marta permanece inerte, con la cabeza echada hacia atrás, como muerta. Una de las mujeres la abraza desde atrás, la aprieta hacia sí, oprime la parte baja del esternón de Marta con un golpe seco, gruñe del esfuerzo. Marta lanza un gemido sordo y un trozo de alimento masticado cae al suelo.

Por fin, respira. Casi no puede creerlo.

Marta: Gracias.

Marta se levanta y respira hondo, como si acabara de realizar un test de resistencia cardíaca.

Mujer *(Mirando su dedo corazón, comprobando que algo le ha cortado y que empieza a sangrar)* Espasmo de glotis.

Marta Se me atravesó algo, no me lo podía quitar de la garganta. Dios mío, lo he pasado realmente mal. Pensaba, pensaba que... Por un momento he pensado que me estaba muriendo.

Mujer *(Mientras se sorbe la poca sangre que mana del corte)* Es que te estabas muriendo.

- Marta No sabes lo mal que lo he pasado. Qué mal, por Dios, no quiero ni pensarlo. He pensado, he pensado en un instante: joder, aunque no me muera, la falta de oxígeno durante cierto tiempo puede producir lesiones gravísimas, irreversibles, en el cerebro; así que, si no me muero, como poco puedo quedarme vegetal. No te puedes imaginar la cantidad de cosas que se le pueden pasar a una por la cabeza en un momento así, la cantidad de estupideces... *(Para un instante, se echa ambas manos en descanso a las caderas.)* ¿De verdad me estaba muriendo?
- Mujer Sí.
- Marta *(Ve que la mujer que le ha salvado la vida se lame el dedo.)* ¿Te ha pasado algo? Perdona, ni siquiera te he preguntado.
- Mujer Nada, nada. Es un rasguño. Bueno, debo de haberme cortado con algo, no sé; o es un padraastro.
- Marta Espera, no sé si tengo una tirita en el bolso...
- Marta se dirige al bolso y busca.*
- Mujer Da igual, es sólo un rasguño.
- Desiste de la busca, finalmente*
- Marta Lo siento, pensaba que llevaba tiritas. *(Pausa.)* ¿Te ha pasado alguna vez?
- Mujer ¿El qué?
- Marta Ese espasmo de...

Mujer Sí, alguna vez. Bueno, quiero decir que he asistido a algunas personas. Yo no lo he sufrido, gracias a Dios.

Marta La próxima vez que me asfixie, me relajaré. Es cuestión de respirar. Debe de ser el estrés. Debo ser capaz de controlarlo.

Mujer No creo que puedas. Se presenta de repente, no se puede prever, ni medir, no se puede hacer absolutamente nada.

Marta Ah.

La mujer se levanta, se aleja de Marta.

Marta Pero dicen que en las clases de yoga te enseñan a respirar, ¿no?

Mujer *(Deteniendo la marcha)* ¿Yoga?

Marta Tiene que haber algún tipo de remedio, o alguna previsión.

Mujer Puede ser. De todos modos, no creo que sirva de nada. Era un espasmo de glotis. A veces es mortal. Adiós.

Marta Hasta luego. *(Pausa.)* Perdona...

Mujer ¿Qué?

Marta No te he dado las gracias.

Mujer No hay por qué.

Marta Bueno, me has salvado la vida, ¿no?

Mujer Sí, eso sí.

La mujer se marcha. Marta se sienta. Intenta tranquilizarse.

Marta Había estado a punto de palmarla. Yo, que no he cogido un constipado en mi vida, había permanecido durante unos instantes sobre la delgada línea que hay entre la vida y la muerte. Y todavía no he cumplido los treinta. A partir de aquel momento, me invadió el pánico. Tenía miedo de morir electrocutada abriendo la nevera, envenenada por un yogur caducado, aplastada por el desprendimiento al vacío del ascensor, despedazada por la explosión de la botella de butano... Pero, ¿y si aquel incidente del parque no era producto de una mera contracción del músculo superior de la faringe? ¿Y si era un síntoma somático de un problema psicológico? ¿Y si...?

Una vendedora.

Vendedora Neurosis obsesivo-compulsiva.

Marta ¿Cómo?

Vendedora Yo estuve así durante un tiempo, cuando tuve a mi hija. Tenía el temor obsesivo de tirarla por la ventana. Vivíamos en un décimo, un apartamento precioso frente al mar. Me horrorizaba la idea, pero, sin embargo, no podía sustraerme a la constante angustia de ese temor, que me dominaba a pesar de ser consciente de su absurdo. Eso es la neurosis obsesivo-compulsiva.

Marta La verdad es que eso es precisamente lo que siento, angustia, y estoy un poco confundida... ¿Cree que puede sacar alguna conclusión?

Vendedora Algunas.

Marta Estupendo. Dígame cuáles.

Vendedora Es un poco pronto.

Marta No importa.

Vendedora Podría equivocarme en el diagnóstico...

Marta No importa.

Vendedora Bien... Podría ser una alteración del instinto de conservación...

Marta ¿Qué?

Vendedora Digamos que lo que usted desea realmente es morir.

Marta ¿Qué dice?

Vendedora Las ideas de suicidio pueden surgir secundariamente a una idea delirante. Usted no quiere morir, pero subconscientemente cree que debe hacerlo. Por ejemplo, para salvar a los españoles.

Marta Se equivoca completamente: yo no me quiero morir.

La vendedora de la farola le entrega una ejemplar. Marta le entrega dos monedas.

La segunda opinión

Aparece por el otro lado una vendedora de cupones de la ONCE.

Vendedora Puede haber alguna otra motivación, o bien sus Fonemas Imperativos le ordenan cosas. ¿Tiene Fonemas Imperativos?

Marta ¿Cómo?

Vendedora Que si oye voces cuando está sola. Voces que le ordenan cosas.

Marta Pues no.

Vendedora ¿Oye voces distintas de las personas que le hablan?

Marta Tampoco.

Vendedora ¿Ha visto sombras o figuras extrañas últimamente?

Marta No sabría decir....

Vendedora ¿Ha notado algún cambio en su cara al mirarse en el espejo? ¿y en su cuerpo?

- Marta Eso, sí.
- Vendedora ¿Ha perdido últimamente la ilusión por las cosas, por la vida? ¿Se encuentra desesperada? ¿No ve salida a sus problemas? ¿Cree que, haga lo que haga, todo le saldrá mal?
- Marta En absoluto, vivo una vida de lo más normal.
- Vendedora Ya.
- Marta Ya, ¿qué?
- Vendedora Que lo veo bastante claro.
- Marta ¿Qué ve bastante claro? Dígamelo de una vez.
- Vendedora Confirмо el mismo diagnóstico: usted quiere morirse.
- Marta Yo no me quiero morir.
- Vendedora Sí quiere morir. Aunque no lo perciba, quiere morir. No desea otra cosa. En el fondo, usted en el parque se estaba suicidando.
- Marta Yo me estaba comiendo un bocadillo.
- Vendedora Se estaba suicidando.
- Marta Ya le he dicho que yo no me quiero morir. Tiene que haber otra razón.
- Vendedora Ninguna. Usted quiere morir. Y no puede hacer usted nada.
- Marta Gracias, pero creo que buscaré una tercera opinión.
- Vendedora Nunca está de más.

Marta ¡Taxi!

Marta se sube a un taxi

Marta A la calle Velázquez, 123.

Taxista No está tan claro.

Marta Ya le avisaré cuando lleguemos.

Taxista ¿Sabe? No creo en ese dictamen. Usted no quiere morir.

Marta Pues, claro que no. Yo estoy satisfecha, muy satisfecha. Todo va sobre ruedas en mi vida: voy todos los días al gimnasio, tengo muchos amigos, ¿qué más puedo pedir? No quiero morirme ni por asomo.

Taxista Completamente de acuerdo.

Marta Entonces, ¿no estoy enferma? Estupendo. Pare cuando pueda, he cambiado de opinión.

Taxista Yo diría que su psicosis tiene otro origen.

Marta ¿Psicosis? ¿De qué psicosis me habla?

Taxista Los modos de respuesta y comportamiento del hombre se estructuran con la influencia que sobre su constitución biológica van ejerciendo todos los incidentes de su vida. Amiga, nos enfrentamos a un conflicto de conceptos genéticos freudianos.

Marta Ahora me va a decir que todo se debe a un complejo sexual infantil. Qué original.

- Taxista A no ser que...
- Marta ¿Qué?
- Taxista ¿Es usted adicta a alguna droga? Me refiero a Cocaína, heroína, metildioxinometanfetamina...
- Marta ¿Qué es esto? ¿Un control de *doping*? Claro que no soy drogadicta.
- Taxista ¿Bebe?
- Marta A veces.
- Taxista ¿Fuma?
- Marta *(Apagando el cigarro)* No.
- Taxista Pues descartadas las causas toxicomaniacas, sólo nos queda Binswanger.
- Marta ¿Qué dice?
- Taxista Quizá tengamos que aplicar la teoría binswnageriana, pero le aconsejo que se toma las cosas con calma, su problema puede llevarnos mucho tiempo. Analicemos su capacidad de estar-en-el-mundo: Usted cree que va a morir, y que eso le aleja, es obvio, de sus seres queridos, de su natural disposición a la felicidad...
- Marta ¿Y qué significa eso?
- Taxista Que usted sufre una falta de desarrollo de su estructura psicodinámica, la del *superego*; una falta que le ha producido finalmente el *complejo de envidia de pene*;

- Marta ¿Qué?
- Taxista Pene, polla, capullo...
- Taxista Que usted no superó ese descubrimiento en su fase fálica o genital, está bien claro.
- Marta ¿Qué está diciendo?
- Taxista Por ese motivo, no alcanzó usted la fase de latencia.
- Marta ¿Y dónde me quedé?
- Taxista Seguramente, en la fase anal; ano, culo, ojo... es decir: entre el año y medio y los tres años.
- Marta Es usted muy graciosa.
- Taxista Se lo demostraré: ¿tiene falta de apetito sexual?
- Marta Pues no.
- Taxista ¿Impulsos agresivos?
- Marta Tampoco.
- Taxista Efectivamente. Una parte de usted le pide madurar, volver atrás, a su periodo preadolescente. Lo del espasmo, no fue más que una somatización de un complejo psiquiátrico remoto. Ahora intente tomarse las cosas con calma, pacíficamente.
- Marta Claro, eso es muy bonito, pero a mi no me arregla nada.

- Taxista Intente recordar algo de su pubertad, algo que quedó inconcluso, alguna frustración... Seguro que usted tuvo una infancia horrenda, llena de problemas, conflictos paterno-filiales, etc.
- Marta Pues no, tuve una infancia muy feliz.
- Taxista No diga eso, señora.
- Marta Y usted, ¿qué sabe?
- Taxista Usted cree que tuvo una infancia feliz, pero eso no es más que un escudo desarrollado por usted misma para olvidar su tragedia.
- Marta Pero, ¿qué tragedia?
- Taxista Usted lo pasó horriblemente mal, por eso en su adolescencia se manifestaron todos esos síntomas: grandes complejos por su talla disminuida, desarrollo infantil del útero, peso excesivo, menstruación prematura... Y el acné, claro.
- Marta Pero, ¿qué está diciendo? ¿Qué clase de monstruo cree que fui? ¡A mí no me pasó nada de eso!
- Taxista Claro que sí, mujer. Intente recordar. Tiene que haber algún hecho en su infancia o adolescencia que la sumiera en una profunda infelicidad o, incluso, en una depresión transitoria.
- Marta No recuerdo nada parecido.
- Taxista Vamos, busque.
- Marta Pues... no sé, como no fuera aquella vez que... Es una tontería, pero... Como no fuera aquella vez que no pude celebrar un

cumpleaños porque mi abuelo había muerto dos semanas antes de un infarto...

Taxista ¡Muy bien, Marta, muy bien! ¡Lo ha conseguido!

Marta He conseguido, ¿el qué?

Taxista ¡Ya se lo ha sacado de encima! ¡Se lo ha extirpado!

Marta Yo no me he extirpado nada.

Taxista Se ha sacado su trauma, la causa de ese complejo que la ha mantenido como una débil mental durante casi toda su existencia.

Marta ¿Yo una débil mental? ¿Por un cumpleaños? Pero oiga, eso es una gilipollez. No me joda...

Taxista Fue usted quien lo mentó...

Marta Porque no se me ocurría nada mejor que decirle. Se ha puesto muy pesada.

Taxista Pero lo oralizó, habló de ese hecho, se le vino a la cabeza. Usted vive acomplexada por ese hecho. ¿Cuántos años tiene?

Marta Cumpló treinta dentro de dos semanas.

Taxista ¿Lo ve? Se acerca su cumpleaños. Padece usted la crisis de los treinta, quiere huir, enajenarse, volver a una época que evoca con nostalgia... Por eso tiene unos deseos irrefrenables de celebrarlo por todo lo alto.

Marta Yo no tengo ninguna crisis de los treinta.

- Taxista Negarlo lo confirma. Usted quiere celebrar su cumpleaños, invitar a sus antiguas amigas, a su pandilla...
- Marta Se equivoca, casi nunca lo celebro.
- Taxista Exactamente. Nunca lo celebra porque siente que traiciona así el afecto de su abuelo: su cariño, sus paseos, los regalos en Reyes...
- Marta Pero si yo sólo vi tres veces a mi abuelo... Él vivía en Logroño.
- Taxista Hágame caso y no le dé mas vueltas: organice un cumpleaños de los de antes. ¿Recuerda quienes eran sus amigas en la infancia?
- Marta Pues sí: mi pandilla era Rosa, Margarita, Ana, Silvia y yo. ¿Y qué?
- Taxista Usted tiene ante sí la solución y no la ve.
- Marta Espere un momento. ¿Tengo que invitar a mis amigas del colegio?
 ¿A mis mejores amigas?
- Taxista Exacto.
- Marta Si hace un siglo que no las veo, no sé nada de ellas...
- Taxista Búsquelas.
- Marta Tampoco tengo ganas de verlas. Ellas han hecho su vida y yo la mía. No sé dónde pueden parar. Ni siquiera veo a Silvia, mi mejor amiga. Esto es todo una estupidez. Lo único que pasa es que pensé que iba a morir a por ese espasmo y, lógicamente, he reflexionado sobre mi vida, qué coño.
- Taxista Negar el problema es agravarlo. Y no se complique la vida con el cumpleaños. Unas tortillas de patatas, alcachofas con mayonesa y

aceitunas rellenas. Busque sus discos antiguos, ponga los éxitos de aquella época, las canciones con las que bailaba, se morreaba con chicos mayores y se dejaba tocar las tetas.

Marta Pero, oiga, ¿cómo voy a superar un complejo psicológico con alcachofas con mayonesa y aceitunas rellenas? Eso es absurdo.

Taxista También es absurdo reflexionar sobre la propia existencia a causa de un espasmo de glotis.

Marta Está bien, pare cuando pueda.

Taxista Ahora mismo.

Marta *(Dándole un billete de mil)* Tome, y quédese con la vuelta.

Marta sale del taxi. La taxista se queda sola, guardando el billete, pero pensando que Marta todavía está allí.

Taxista Piénselo, piénselo bien. A veces, los problemas más complejos exigen la soluciones más sencillas.

La taxista enciende el luminoso verde y sale a toda velocidad por la avenida. Marta para después de unos pasos y se sienta en un banco público.

Marta ¿Volver a la infancia? ¿Regresar a aquella época en la que mi padre me daba dos guantazos si llegaba cinco minutos más tarde de las nueve y mi madre se pasaba el día deprimida? ¿Escuchar aquellas canciones de la adolescencia? Prefiero una operación a corazón abierto. No pienso hacerlo.

Suena una canción. Marta se tapa los oídos.

Acordes. Pecos

Alguien le saca una caja con objetos del pasado. Mientras Marta canta acompañada por un coro de tres mujeres, ella va sacando unas fotos a color de canto redondeado, unos discos, un diario, una agenda telefónica... Marta mira con detenimiento la agenda.

Rosa

Marta se enciende un cigarro. Sonríe malévolamente. Toma la agenda telefónica y la abre. Toma el móvil. Marca.

Marta Hola, soy Marta, Finita... Marta Ferrán, ¿Se acuerda?... Sí, sí Marta, del colegio, eso es... Sí, cuánto tiempo... No, no me he casado... No, no tengo novio... No, no tengo hijos... Voy para treinta... Sí, ya va siendo hora, sí... Muy bien, están muy bien, gracias... De su parte, Señora Finita... Por cierto, ¿está Rosa?... Ah, no vive ahí, claro... ¿Dónde vive?... ¿En el hospital? ¿Qué dice?... *(Gran pausa.)* Lo siento muchísimo... Quizá no he llamado en el mejor momento, perdóneme... Muchas gracias, Señora Finita, muchas gracias. Hoy mismo iré... Adiós, Señora Finita... *(Desconecta.)*

Marta mira el cigarrillo como si fuera una bomba de relojería. Aparece una mujer envuelta en un camisón de hospital. La mujer tiene la vista fija en el cielo de la habitación, está absorta, parece no escuchar a Marta.

Marta Yo me digo cada día: éste es el último que me fumo. Y a la mañana siguiente, empiezo de nuevo. Es imposible dejarlo. Además, ¿para qué? Ya me he resignado.

Marta saca otro cigarrillo parsimoniosamente. Toma el mechero, lo enciende, inhala el humo lentamente, con fruición. La otra mujer la mira como si los ojos se le fueran a salir de sus órbitas. Marta saca otro cigarrillo, lo enciende también y se lo acerca a la otra mujer mientras sonríe y guiña un ojo.

Marta *(Ofreciéndole el cigarrillo).* Venga...

Rosa No, no...

Marta Venga, mujer, fúmate uno conmigo

Rosa Que no, que no.

Marta ¿Crees que va a arreglar algo que no te fumes uno más?

Rosa Que no...

Marta Vamos, Rosa, por los viejos tiempos.

Rosa Bueno, vale.

Rosa toma el cigarro. Fuma compulsivamente.

Marta Me alegra que estemos de nuevo juntas.

Rosa Ay, Marta, no puedo vivir sin fumar. Mírame: soy una adicta. Y ya no recuerdo ni cómo empecé...

Marta ¿Para qué recordarlo?

Rosa Sólo me acuerdo que estábamos en... ¿una acampada?

Marta No.

Rosa ¿No?

Marta No. Estábamos en casa de mis padres.

Rosa Ah, ¿sí?

Marta Sí. Mis padres se habían ido todo el fin de semana y te dije que te quedaras conmigo. Yo saqué un paquete de Winston Extra Large. Esos cigarrillos larguísimos que no se vendían aquí. Encendí dos, y nos los fumamos con una botella de anís.

Rosa Vaya, no me acordaba.

Marta Así fue.

Rosa Ahora que lo pienso, fuiste tú la que enseñó a fumar...

Marta Pues claro... ¿No te acuerdas de que te mareaste y estuviste toda la noche vomitando?

Rosa Bueno, me suena algo...

Marta Vomitaste sobre el sofá...

Rosa Sí, sí, es verdad...

Marta ...sobre la foto de boda de mis padres...

Rosa Ah, sí...

Rosa Marta...

Marta ¿Qué?

Rosa ¡Fuiste tú la que me enseñó a fumar!

Marta ¡Pues claro, idiota!

Rosa *(Absolutamente tranquila.)* ¡Bueno! Desde aquella noche en tu casa no lo he dejado. Ni un solo día. ¿Y sabes por qué? Porque me encanta, me vuelve loca. Ya sé que me estoy matando, pero no creas que es por el cáncer, sino porque tengo un dolor de cabeza diario producido por la presión de una tos que, al mismo tiempo, me quema el pecho y hace que se me salgan los ojos de las órbitas con cada golpe de tos. Eso me matará antes que el cáncer, te lo aseguro. ¿Y qué? *(Se va calentando, como si el tabaco le diera la vida que la enfermedad le quita.)* Tengo la sensación de que en cualquier momento voy a explotar, voy a morirme de una hemorragia cerebral masiva. *(Ríen ambas; la cosa se anima.)* Y eso no lo hace la nicotina, guapa. Lo único cierto, lo único sensato que se puede decir sobre el tabaco es que produce felicidad. Y cáncer, de acuerdo; pero sobre todo felicidad. Eso debería estar impreso en el paquete. ¿Qué más da morirse de cáncer de piel por querer estar bronceada que de cáncer de pulmón? Pues prefiero que me arranquen uno de ellos a que me quiten el tabaco de los labios. ¿Sabes que me casé?

Marta ¿Sí?

Rosa Con Pepe Bernabeu, un informático.

Marta Felicidades.

Rosa Me puso una demanda de separación antes del año. Ni siquiera ha venido a verme desde que estoy aquí. El día que se enteró, lo único que dijo fue: “Ya te lo advertí”. Él intentó durante un tiempo que dejara de fumar. Primero me prohibió fumar en casa. Tenía que salir al balcón, pero aún así no dejé el tabaco. Cuando íbamos en mi

coche, me obligaba a sacar el brazo por la ventanilla, a riesgo de perderlo. Luego me buscó una clínica. Allí me pusieron un parche y me dijeron que me fuera al campo a relajarme. “¿Qué me vaya al campo? Además porque tiene que ser al campo. ¿Por qué no a un espectáculo de negros con una polla de dos metros, por ejemplo? ¿Quieren que me relaje? Mándenme a una isla del Caribe, sírvanme dieciocho cubatas y un negro que doble monedas de cien con el culo, y les aseguro que no volveré a fumar en un tiempo. Pero me mandaron al campo; me pusieron cuatro parches y me mandaron al campo. Y a las dos horas yo ya no sabía si era una ex fumadora o una puta cabra. Fueron los seis peores días de mi vida. Tenía alucinaciones y no paraba de comer y beber con el fin de reventar y no volver a sufrir el mono de tabaco. Cuando veía a alguien fumando, me entraban unas ganas locas de echarlo al suelo, destrozarle el cráneo a base de golpes, y robarle el paquete. ¿Y dejé de fumar por aquel tratamiento? Naturalmente que no. Simplemente empecé de nuevo. Y fue maravilloso, sencillamente maravilloso. Encendí un cigarro y fue como bañarme desnuda y sentir cómo el mar te acaricia los pezones, fue como sentirme masturbada por un millón de pétalos. Eso sentí esencialmente: un orgasmo de nicotina. El mayor orgasmo de mi vida, el gran orgasmo.

Ambas ríen. Parece que la muerte no fuera con Rosa, que exhala el humo del cigarrillo y contempla cómo la brasa se ilumina y consume la hoja seca y triturada y el papel blanco.

Rosa

Eso sí, mi ex marido, puso una demanda de separación por mi adicción al tabaco y se quedó con todo. Yo le pregunté al juez: “Señoría, ¿acaso no es peor un marido que ronca o se pasa el día diciendo que tiene ardor de estómago? Yo sólo intento ser feliz;

díganme egoísta, drogadicta, borracha, díganme irresponsable, pero yo sólo intento ser feliz”. No quiero vivir sin tabaco, Marta. Yo quiero morirme acompañada de mi paquete, exhalando su humo mientras mis pulmones se pudren y mi corazón deja de latir para siempre. *(Como una arenga política.)* Pienso fumar hasta el final, fumar hasta el último instante de mi vida; y no ya fumar, sino comerme la colilla, que pase directamente a mi ser y me convierta en una brasa de tabaco humeante y caliente directa al otro barrio.

Marta Amén.

Exhala el último humo de ese pito, lo tira al suelo y lo pisa.

Rosa ¿Me das otro?

Marta Bueno.

Marta le ofrece el paquete. Rosa lo empuja, saca un cigarrillo, lo prende, se guarda el paquete en el bolsillo.

Rosa Muchas gracias, Marta.

Marta Mañana te traigo un cartón.

Rosa No es por eso. Es que tú me enseñaste a fumar.

Marta Vamos, Rosa, no tiene importancia.

Yo no quiero parar de fumar

Rosa inhala, tose como un perro.

Marta Vamos, Rosa, no tiene importancia.

- Rosa *(Recuperándose)* Por cierto, ¿has venido sólo por verme o..?
- Marta No, en realidad vengo porque voy a celebrar mi cumpleaños y había pensado invitarte.
- Rosa Gracias, Marta. Estupendo. ¿Cuándo es?
- Marta Dentro de dos semanas.
- Rosa Igual no llego.
- Marta No digas eso, mujer.
- Rosa De todos modos, no creo que me dejen salir de aquí. Esto parece una cárcel.
- Marta Qué lástima. Te echaremos de menos. *(Tirando al suelo el cigarrillo y pisoteándolo)* Bien, Rosa, me gustaría quedarme a fumarme el último, pero he quedado en que iría al gimnasio y a cenar con un amigo. no quiero molestarte más.
- Rosa Que te diviertas. Yo voy a mi habitación, a ver la tele un rato y a vomitar.
- Marta Me alegro de verte.
- Rosa Yo también.
- Marta Hasta... Adiós.
- Rosa Adiós.
- Unos cuantos pasos de Marta hacia la salida y...*
- Rosa Marta...

Marta ¿Qué?

Rosa Feliz cumpleaños. *(Tose como un perro de nuevo.)*

Marta Gracias

Marta se marcha. Rosa se percata de la presencia de otras mujeres y les pasa un cigarrito. Marta, al otro lado, saca un pequeño block de notas y un lápiz.

Marta *(Tachando)* Rosa Benito... Una menos.

Margarita

Blanca y radiante va la novia cruzando el escenario desde el fondo. Un coro de voces blancas cantan el himno nupcial horriblemente. Ella lleva su ramo entre las manos. Cuando llega al frente, una voz en off alterada:

Off *Margarita María Pérez López, ¿quieres por esposo a David Miguel López Martínez en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza hasta que la muerte os separe, y prometes serle fiel?*

Un instante de silencio. A Margarita le cambia la cara, baja el ramo, como quien se rinde y baja los guantes, y responde:

Margarita *Me cago en Dios... (Se vuelve y se dirige al coro.) ¡Os he dicho doscientas veces que hay que terminar el himno antes de que el cura comience a hablar, joder. ¿No podéis entender algo tan sencillo? (Margarita comienza a quitarse el traje de novia y se queda con una perfecta combinación de ropa interior blanca inmaculada.) Además, ¿dónde habéis aprendido a cantar? ¿en el karaoke de un restaurante chino? ¡Por favor, sólo os pido un poco de*

concentración! ¡Éste es el último ensayo y no pienso casarme dos veces!

Aparece Marta del otro lado con un chándal y se lo ofrece. Margarita le entrega su traje de novia.

Margarita Gracias.

Marta Tranquila, mujer, si cantan muy bien.

Margarita ¡Y fijate qué coro me han contratado! Pienso decirle a mi padre que no les pague. *(A no se sabe quién.)* Ah, otra cosa: ¡Hay que estrechar un poco más la cintura del traje!

Marta Si te queda muy bien así...

Margarita Yo pedí un vestido de novia, no un traje de buzo.

Margarita saca una pastilla del bolso y se la traga.

Marta Pero, si es precioso...

Margarita ¡Parezco una puta vaca lechera! Y me cobran trescientas mil por esta mierda... *(Hacia alguna parte entre bastidores)* ¡Me habéis engañado! *(Para sí)* Menos mal que lo paga mi madre, que si lo tengo que pagar yo... *(Mira a Marta, no la reconoce.)* ¿Y tú quién eres?

Marta Margarita.... Soy Marta.

Margarita ¿Marta? ¿Qué Marta? ¿La del restaurante? ¿La de las flores? ¿La del vestido? ¿La de la agencia de viajes?

Marta No, mujer, soy tu compañera de clase, Marta Ferrán...

- Margarita *(Se queda parada, intentando adivinar en el rostro de Marta la niña que le acompañaba en el pupitre de al lado.) ¡Marta! (La abraza, se separa, vuelve a mirarla.) ¡Marta! ¡Eres tú!*
- Marta Sí, soy yo.
- Margarita Estás tan... Estás muy... Estás estupenda.
- Marta Ya lo sé.
- Margarita Pero si tú eras un tapón regordete...
- Marta ¿Cómo cambian las cosas, eh?
- Margarita Tienes la misma cara.
- Marta Sí, la cara no me ha cambiado.
- Margarita Claro, "Marta Ferrán", qué idiota.
- Marta La misma.
- Margarita Bueno, me alegro de verte. *(Extrañada)* Pero, ¿qué haces tú aquí?
- Marta He hablado con tus padres y... Vaya, no sabía que te casaras.
- Margarita Mañana a las siete de la tarde en la Catedral. David no quería casarse por la iglesia, pero le convencí.
- Marta Te he pillado en un mal momento, estarás muy nerviosa.
- Margarita Qué va, si yo estoy muy tranquila.
- Marta Tendrás que hacer mil cosas...

Margarita Ya se encargan los demás. Te agradezco que hayas venido a felicitarme.

Marta Bueno...

Margarita Después de tanto tiempo sin vernos...

Marta La verdad es que...

Margarita ¿Qué te pasa?

Marta En realidad es que voy a hacer una fiesta de cumpleaños y quiero invitar a mis amigas del colegio, pero ya veo que...

Margarita ¿Cuándo es?

Marta Dentro de dos semanas.

Margarita Vaya, qué fatalidad, me es imposible. David y yo estaremos de viaje de novios.

Marta No te preocupes, me hago cargo.

Margarita Es una lástima.

Marta No pasa nada.

Margarita ¿Y eso?

Marta ¿El qué?

Margarita Hacer una fiesta de cumpleaños... A tu edad... Con las amigas del colegio... ¿Te pasa algo?

Marta No, nada. Se me ha ocurrido, eso es todo.

Margarita Ah, ya.

Pausa.

Margarita Marta...

Marta ¿Sí?

Margarita ¿Tú te has casado?

Marta No.

Pausa.

Margarita Ah. Bueno, pues lo siento, pero no podré ir a tu cumpleaños. Sí organizas otro el año que viene...

Marta ¿De verdad que no estás nerviosa?

Margarita ¿Nerviosa? Claro no.

Marta Yo estaría hecha un flan.

Margarita Tomo pastillas desde hace dos años. Ansiolíticos.

Marta Bueno, ¿y quién es el novio?

Margarita Es ingeniero.

Marta ¿Y lleváis mucho tiempo?

Margarita Tres meses hasta que encontramos iglesia...

Marta Me refería como pareja.

- Margarita ...Y porque tuvimos suerte con el restaurante. El dueño es amigo de mi padre.
- Marta Pues me alegra que te vaya tan bien. Debes de quererle mucho. ¿Cómo es?
- Margarita *(Se queda parada un instante, toma un trago de agua, piensa.)*
Alto.
- Marta Ah.
- Margarita Ahora mismo está urbanizando algo. Trabaja las veinticuatro horas, el pobre.
- Marta Bueno, y dentro de nada, los niños...
- Margarita Y tanto, estoy embarazada.
- Marta ¿Embarazada?
- Margarita De tres meses.
- Marta ¿No me digas? Pues felicidades. Espero que todo salga bien...
- Margarita Y yo. Mi padre se ha gastado cien millones en la boda. ¿Crees que esas pastillas pueden perjudicar a mi bebé?
- Marta Pues, no sé... No soy médico.
- Margarita Estoy muy nerviosa, Marta, muy nerviosa. Escucha: los padres de David son unos mezquinos miserables; la madre es una enferma mental, una obsesiva. El padre es peor, hace cosas rarísimas y me habla fatal. Su hermana... Bueno, Marta, su hermana es una neurótica. Yo creo que es drogadicta. Ahora, que yo le he dicho bien

claro a David durante estos últimos cuatro años lo que opino de su familia. Y si le fastidia que le hable mal de ellos, pues lo siento mucho. A la gente le sienta muy mal que le digan las verdades a la cara. Te juro que a veces no puedo. A veces los mataría. A veces he soñado que voy en Nochebuena con un lanzallamas y los abraso, incluso al hijo de su hermana y a mi cuñado, que no tienen la culpa de nada. Pero yo quiero mucho a David, esta...tú, le quiero. Menos mal que esto se acaba pronto. *(Se echa a llorar, Marta la abraza.)*

Marta Tranquila, mujer, tranquila. ¿Tú estás segura?

Margarita *(Sollozando.)* Esto es muy importante, Mirta.

Marta Claro.

Margarita Y David y yo hemos hablado mucho del tema, hemos discutido mucho.

Marta Es natural, todas las parejas lo hacen.

Margarita Nos hemos sentado un montón de veces a hablar. Todo el mundo sabe que una relación no es un lecho de rosas...

Marta Por supuesto.

Margarita Mañana es el día más importante de mi vida. Lo de la iglesia es lo de menos, y el banquete, y este vestido, y su chaqué, y el viaje. Mañana es el primer día de una relación que debe durar para siempre, una relación que tiene que ubicarse en unos cimientos sólidos, a prueba de bomba.

Marta Me alegra que hables así.

Margarita No quiero que me suceda como a mis padres, que no se pueden ni ver. Ahí los tienes: enterrados en vida. Quiero que esto sea una relación de verdad.

Marta ¿Y por qué no va a serlo?

Margarita Últimamente David y yo discutimos todos los días. Pero él tiene que entenderlo.

Marta Y lo entenderá.

Margarita ¡Es indignante, Carla! ¡Éste es mi día! ¡Me caso! ¡Se lo he dicho un montón de veces a David y no lo entiende! La cosa no va bien, nada bien. He tenido que cambiar el solomillo por pato y sólo hemos sacado diez millones de los invitados. ¿Cómo vamos a formar así una familia? No sé qué hacer, creo que voy a volverme loca.

Margarita para un instante, saca una pastilla del bolso y se la traga.

Margarita ¿Quieres una?

Marta No, gracias.

Margarita Marta, desde que soy niña, he soñado con este momento: me imaginaba desfilando por el pasillo hasta el altar, me imaginaba en mi casa cocinando cerdo con piña, llevando ropa premamá; y luego, en la sala de partos, sintiendo las contracciones y agarrando la mano de David mientras él graba en vídeo el parto de mis gemelas. Es lo que todas queremos en el fondo, ¿no? ¿Por qué no me va a pasar a mí? ¡¿Eh?! ¡¿por qué?!

- Marta Claro que te va a pasar, Margarita. Todo esto es producto del estrés de la boda, de la inminencia. A todas las parejas les pasa. Luego, las cosas vuelven a su sitio. David será un padre estupendo. Lo importante es que salgáis bien de esto.
- Margarita Ah, claro, hemos contratado al mejor fotógrafo. David no quería, pero le convencí. También nos van a hacer un vídeo. Con una música de fondo preciosa que he escogido yo. ¿Sabes qué voy a poner? Ni te lo imaginas: *Jesucristo Superstar*.
- Marta Bueno, Margarita, te deseo lo mejor, que os vaya muy bien. Y recuerda que lo importante no es el destino, sino el viaje en sí.
- Margarita A Santo Domingo. Y seis noches en Nueva York. Déjame tu teléfono y te llamo en cuanto regrese; te vienes a casa y te pongo el vídeo de la boda.
- Marta Claro, cuando quieras.
- Margarita Llamaremos a las de la pandilla y hablamos. Nos lo pasaremos bomba.
- Marta Estoy deseando...
- Margarita No tardes mucho en llamar, porque quiero cambiarme de casa en cuanto regrese. David no quería, pero le he convencido.
- Marta *(Alejándose)* Bueno, espero que seas muy feliz y que David te trate muy bien y que... Seguro que hacéis una buena pareja.
- Margarita Muchas gracias. Eres una amiga, una verdadera amiga. *(Margarita va a abrazarla)*

- Marta Nerviosa
- Margarita Ahora me voy, que tengo que escoger el color del solomillo y el sabor de las sillas. Ah, y me tienen que decir cuánto mide la limusina, que a estas alturas no sabemos dónde la vamos a sentar... Es para volverse loca, Felisa, para volverse loca.
- Por el otro lado, entra una mujer con una bata blanca. Es la celadora del psiquiátrico donde se encuentra Margarita. La celadora se acerca a ella y la toma del brazo.*
- Celadora Margarita...
- Margarita Ya voy.
- Marta Hasta la vista, Margarita.
- Margarita Espera un momento, voy a darte el regalito que ha preparado la madre de David. Es un mierda, pero bueno...Espérate que ahora mismo lo saco... espera, espera que tiene que estar por aquí.
- Celadora Margarita...La hora de su medicación
- Margarita *(A la celadora, mirándola de arriba abajo, en marcha hacia su habitación)* Supongo que se cambiará para la boda...
- Celadora *(Cínica.)*Por supuesto, acabo de comprarme traje precioso especial para tu boda.
- Margarita Espero que no lo haya comprado negro. Sabe que he prohibido los trajes negros en mi boda. Odio el negro. La verdad es que a usted le quedaría bien un turquesa, pero ese color está reservado para la madrina; yo le aconsejo que bla bla bla, bla bla bla y bla bla bla...

Sus voces se pierden por el corredor de la planta tercera. Marta saca su block de notas.

Marta *(Tachando)* Margarita Campuzano... Otra menos.

Marta se va a marchar, pero se percata de que Margarita se ha dejado el ramo. Marta lo toma del suelo y lo sopla para quitarle el polvo. Por un momento, piensa en alcanzar a Margarita y devolvérselo, pero cambia de opinión. Marta mira un instante más el ramo, lo toma con las dos manos y se lo pega al pecho.

Cinco farolas.

Ana

Marta *(Al teléfono.)* Hola, ¿está Charo?... ¿En Mesopotamia?, debe de ser preciosa... ¿Y cuándo vuelve? Ah, vaya... ¿Nunca? Bueno, pues déjelo... Adiós, adiós... *(Cuelga y tacha.)* Charo Sánchez... Otra menos... *(Marca de nuevo.)* Buenos días, ¿está Eva?... ¿Eres tú?... Soy Marta; Marta Ferrán, ¿no te acuerdas de mí?... ¿No eres Eva? Claro que eres Eva; Eva López... Ibas a las Josefinas... Sí, mujer, ¿tú no eras un poco culona y tu padre carpintero?... ¿Camarero?... Perdona, me he equivocado... Adiós. *(Cuelga y tacha.)* Eva López; desaparecida... *(Marca.)* Bueno, sólo me quedan dos... *(Al aparato.)* Buenos días, ¿está Ana?... Ana Ledó... Lledó Pérez. Sí, gracias... Sí, espero...

Y espera. Aparece Ana al otro lado de la escena, una tía con pinta de intelectual; con gafas y un libro en la mano y el auricular sostenido entre el hombro y la mandíbula.

Ana ¿Sí? ¿Quién es?

Marta Soy Marta...

Ana ¿Marta?

Marta Marta Ferrán, del colegio. ¿Te acuerdas de mí?

Ana ¿Marta?... Ah, claro: Marta; ahora caigo. Claro que me acuerdo. ¿Cómo estás?

Marta Muy bien, ¿y tú?

Ana Ahí andamos.

Marta Igual te he molestado..

Ana No, qué va; acabo de terminar una clase.

Marta ¿Tienes tiempo?

Ana (*Mirando el reloj*) Veinte minutos.

Marta Estupendo.

Ana Hace mucho que no sé nada de ti...

Marta Yo, sin embargo, te he seguido. No todas mis amigas de la infancia aparecen en el periódico...

Ana Bah, no hagas caso de lo que dicen...

Marta ¿Y Rodrigo?

Ana Lo va superando.

Marta Hace poco le vi y me contó. Iba con Mario. Mario está altísimo, Ana.

Ana Sí, está hecho un hombrecito.

Marta A quién vi un poco hecho polvo fue a Rodrigo.

Ana Bueno, lo importante es que los dos rehagamos nuestras vidas.

Marta Claro, esto son unos años. De aquí a un tiempo, ya nadie se acuerda, ni siquiera vuestro hijo.

Ana Él es el más importante, no tiene por qué pagar esto. Y Rodrigo, pues bueno, al fin y al cabo él se ha quedado con todo: la casa, la custodia de Mario... Es un trago, pero sigue llevando la misma vida... A mí es a quien le han cambiado las cosas. Pero intento recuperarme.

Marta Es lo que debes hacer.

Ana Pero es duro, Marta, es muy duro.

Marta Me imagino.

Ana Y eso que ahora los ánimos están calmados. Imagínate cuando se lo dijeron a Rodrigo...

Marta Sí, supongo que fue un golpe. ¿Quieres contármelo?

Ana No sé. Al principio no dejabas de hablar, una y otra vez. Tratas de darle una explicación, no tomarte el asunto como una tragedia irremediable..., pero es muy difícil.

Marta Ten ánimo.

Ana La verdad es que no sé qué me ocurrió.

Marta En el fondo, a todo el mundo le puede pasar, Ana.

Ana Me volví loca por él, Marta...

Marta Ana...

Ana No podía dejar de pensar en él...

Marta Ana: si te hace daño contármelo, no me lo cuentes.

Ana No, si ya no me hace daño...

Marta Pues cuenta.

Ana Ya no podía disimularlo más, Marta.

Marta ¿Y Rodrigo no sospechó nunca?

Ana Nunca. Rodrigo no sospechó en ningún momento porque últimamente las cosas entre él y yo se habían enfriado: apenas nos veíamos en todo el día... Por eso aprovechaba y me quedaba en el instituto con la excusa de las clases nocturnas.

Marta Suele pasar: las cosas no funcionan con tu pareja, al otro lo ves todos los días...

Ana Y era un ángel, Marta. Y lo más asombroso es que nos entendíamos a la perfección. Al principio no fue más que una amistad, pero luego... Pasábamos horas y horas charlando....

Marta ¿Y los demás profesores?

Ana Se reían y gastaban bromas de vez en cuando. Ya se sabe, estamos todo el día juntos... Y al final sucedió lo que tenía que suceder.

Marta Cuando no se puede, no se puede.

Ana Y fue en la misma sala de profesores.

Marta ¿Qué me dices?

AnaY en el gimnasio.

Marta ¿Qué?

AnaY en las duchas. Sobre todo en las duchas, cuando todo el mundo se iba. Todavía me pongo cachonda cuando lo recuerdo, Marta. Imagínate: Rodrigo, que es calvo y peludo, comparado con éste, que es un Adonis con una melena hasta el hombro y un culo duro y respingón. Imagínate qué supone tocar un culo duro debajo del chorro de una ducha cuando tienes más de treinta y estás cansada de que te traten como a la asistenta, cansada de que apenas te dirijan la palabra sino es para pedirte una cerveza de la nevera, cansada de que tu máxima aspiración de los sábados sea... Mejor no sigo. Todas las noches me imagino agarrada por esos brazos fuertes, apretada entre él y la pared, sintiendo el chorro del agua, su boca húmeda en los pechos...

Marta Ana, por favor...

AnaSus labios carnosos, sus hombros, sus brazos redondos, su lengua, sus manos separándome las piernas...

Marta ¡Ana!

Ana¡Penetrándome, penetrándome una y otra vez sin parar horas y horas como a una perra!

Marta ¡Ana! ¡Quieres calmarte! ¡Cálmate de una vez!

Ana jadea, jadea y enloquece.

Ana¡No puedo! ¡No puedo!

Marta Claro que puedes. Piénsalo: ¡Ese chico tenía trece años!

Ana ¡¿Y qué pasa?! ¡No me arrepiento! ¡No pienso hacerlo jamás! Yo le quería, estaba enamorada de él. ¡Queríamos estar juntos para siempre!

Marta Ana...

Ana ¡Y él me amaba! ¡Lo dijo!

Carmen.

Marta Ana, cálmate, relájate, o las cosas se pondrán peor.

Un silencio. Ana parece calmarse por fin.

Ana Tienes razón. Debo calmarme, debo recuperar el sentido común, volver a ser quien yo era. Soy una persona normal, Marta, quizá con cierta falta de afecto, pero normal. Debo tranquilizarme, recuperar mi trabajo y, quién sabe, quizá algún a mi marido y a mi hijo... ¿Qué crees tú, Marta?

Marta No lo sé, Ana, no lo sé. Primer debes intentar asimilar tu situación: estás encerrada y te quedan doscientos cincuenta años. No es toda la vida, pero sí unos añitos.

Ana Con esto de las clases de lengua a las reclusas es posible que consiga una reducción de la pena...

Marta No te hagas ilusiones, Ana. Y en cuanto a Rodrigo....

Ana ¿Qué?

Marta No sé si debo ser yo...

Ana ¿Qué pasa con Rodrigo?

Marta He oído comentarios de que...

Ana ¿Comentarios? Comentarios, ¿de qué?

Marta Creo que Rodrigo...

Ana Vamos Marta, no te andes con rodeos. Dilo de una vez.

Marta *(A toda velocidad.)* Rodrigo está liado con otra. Se les ve salir y pasear constantemente a los tres: ella, él, y tu hijo.

Ana No puede ser. No será nada...

Marta Claro, no tiene por qué ser nada, aunque vivan juntos.

Ana ¿Cómo? ¿Vive con mi marido? ¿Con mi hijo?

Marta Sí. Y lo peor no es eso. Lo peor es quién es ella.

Ana No me lo digas.

Marta Natalia.

Ana ¿Natalia? ¿Su novia de toda la vida?

Marta Eso he oído decir.

Ana *(A punto de la angina de pecho.)* ¿Quién te lo ha dicho?

Marta Me lo dijo Adela, que estaba en Mallorca. Está preparando el divorcio.

Ana cae desolada. Se queda como colgada del aparato.

Marta Pero, bueno, has de tener mucho ánimo, te quedan unos cuantos años encerrada aquí. Y tú siempre has sido muy fuerte, Ana. Tú sacabas las mejores notas, tenías el mejor tipo, salías con los chicos más guapos... Claro, eras la mayor. Creo que realmente te envidiábamos.

Ana sigue desolada, una gota de baba le cae la punta del bolígrafo que descansa en el bolsillo de su camisa.

Marta Me habría gustado que vinieras a mi cumpleaños. Cumplo treinta. Pero, ¿qué le vamos a hacer? ...

Ana no contesta, sigue en Babia.

Marta ¿Ana?.. Ana... ¿estás bien?.

Marta cuelga. Al otro extremo, Ana sigue con el aparato en el oído y la mirada en el piso de la sala de comunicaciones del penitenciario.

Marta Bueno, pues, adiós...

Marta cuelga, saca su pequeño block y tacha el nombre de Ana.

Marta Ana Lledó... Otra menos...

Marta se humedece el índice derecho y pasa la página.

Silvia

Marta Por fin lo estaba consiguiendo. Ninguna de mis amigas acudiría a mi cumpleaños. Bueno, ninguna, si exceptuaba a Silvia García.

Silvia había sido mi mejor amiga. La conocía desde el parvulario, y creo que ella había sido la única, ésa amiga sincera. Siempre a tu lado, dispuesta a ayudarte siempre; una amiga que jamás te dejaría de lado, una amiga que sería incapaz de traicionarte. Ella era especial, así que la había reservado para el final. *(Mirando a Silvia)*
Ella era mi mejor amiga...

Marta se coloca detrás de Silvia, que escucha música de un walkman. Le tapa los ojos y pregunta:

Marta ¿Silvia?

Silvia ¿Sí?

Marta Adivina quién soy.

Silvia ¿Quién eres?

Marta Adivínalo.

Silvia ¿Manolo?

Marta Frío.

Silvia ¿Margot?

Marta Caliente.

Silvia ¿Puri?

Marta Caliente.

Silvia ¿Gloria?

Marta Quemando.

Silvia ¿Mila?

Marta Te estás quemando...

Silvia ¿Marta? ¿Eres Marta?

Marta Pues claro que soy Marta, idiota.

Silvia *(Girando el cuello y viendo finalmente que es Marta)* ¡Eres Marta!
¡Mi amiga Marta! ¡Mi mejor amiga! *(Pausa.)* ¡Uy! ¡que bajita! Eres una cerda.

Marta Ya lo sé.

Silvia Una verdadera cerda.

Marta Lo sé. Pero te he llamado.

Silvia Una mierda.

Marta Docenas de veces.

- Silvia Y una embustera.
- Marta Te he dejado un montón de mensajes en el contestador.
- Silvia Parece mentira que vivamos en la misma ciudad. ¿Cómo diste conmigo?
- Marta Sabía que trabajabas en una clínica. No hay muchas.
- Silvia Estás igual, la misma cara de pan.
- Marta Las mismas orejas de soplillo. (*juego infantil "se, se, se,....."*)
- Silvia No deberíamos haber dejado de vernos.
- Marta Si quieres que te sea sincera, no me apetecía llamarte.
- Silvia Perdona, no fui yo la que le quitó el novio a su amiga.
- Marta Teníamos siete años, Silvia.
- Silvia Ocho.
- Marta ¿No me lo has perdonado?
- A Silvia le cuesta confesar que no.*
- Marta Parece que no.
- Marta da otro sorbo de su café, sigue sin contestar.*
- Marta Estabas colada por él, ¿verdad? La verdad es que era guapísimo: esos ojos azules, su pelo rizado, rubio...
- Silvia Sí... ¿Cómo estará ahora?

- Marta Calvo.
- Silvia Vaya.
- Marta Y gordo.
- Silvia Yo ya casi no me acuerdo de cómo se llamaba.
- Marta Rafa.
- Silvia *(Con nostalgia.)* Rafa...
- Marta Deberías mirarlo de ese modo: te he librado de tener un marido calvo y gordo.
- Silvia ¿Y tú cómo lo sabes?
- Marta Ah, ¿estás casada?
- Silvia Claro que estoy casada. ¿Y tú?
- Marta No.
- Silvia Entonces, tampoco tendrás... *(Pone la palma boca abajo, a media altura.)*
- Marta Tampoco.
- Silvia ¡Que lástima! ¿Por lo demás? ¿Te va bien?
- Marta Estupendamente.
- Silvia Pues yo tengo...
- Marta Ya lo veo, tienes una casa preciosa.

Silvia La reformamos Javier y yo. Javier es mi marido.

Marta Supongo... *(Levantando la vista, oteando)* Preciosa...

Silvia *(Como una autómata.)* Tiene suelo, techo, tres plantas, seis habitaciones, tres cuartos de baño, cocina, *office*, patio, despensa. *(Pausa.)* Una chimenea, una escalera, una escultura al final del barandal. *(Pausa.)* Cinco óleos, tres acuarelas, dos grabados y nueve dibujos; dibujos de carboncillo, de tinta china, de plumilla y de lápiz. Dos aguafuertes. *(Pausa.)* Un televisor panorámico, un vídeo de cuatro cabezales y un estéreo. *(Pausa.)* Un Tdi, un monovolumen, un catamarán, dos hijos -Pablo y Daniel-... Creo que eso es todo.

Un silencio. Marta no despega la taza de los labios.

Marta Vaya.

Silvia Ay, se me olvidaba algo: Javier, es médico, como yo. Y le encanta la fotografía. *(Pausa.)* E Internet. *(Pausa.)* Bueno, ¿Y tú? ¿qué me cuentas?

Marta no contesta, sigue tomando su café.

Silvia ¿Cómo te va?

Marta Divinamente.

Silvia Cuánto me alegro.

Silencio.

Silvia Bueno... ¿Qué me cuentas?

Marta ¿Qué se puede contar a una amiga de la infancia a la que no ves desde hace dieciséis años?

Silvia ¿Me has echado de menos?

Marta no contesta.

Silvia Yo te he echado muchísimo de menos. No he vuelto a tener una amiga como tú. Y una vecina. Siempre estábamos juntas ¿Te acuerdas de cuando mi madre subía y te traía a casa a jugar conmigo porque tu padre no dejaba de discutir y gritarle a tu madre?

Marta Vagamente.

Silvia Me acuerdo de que, al principio, te escondías debajo de la cama, te tapabas los oídos, y no salías en toda la tarde.

Marta No exageres.

Silvia Prácticamente, éramos hermanas. Yo te dejaba siempre mis muñecas.

Marta Las que no querías...

Silvia También me acuerdo de cuando nos metimos en el cuarto de baño y tú propusiste que nos cortáramos las venas.

Marta Era una idea.

Silvia De lo que nunca me olvidaré es de cuando subimos a la terraza aquel verano a tomar el sol en pelotas.

Marta Nos quemamos.

Silvia Teníamos trece años...

Marta Todavía guardo las fotos que nos hizo don Ramón.

Silvia ¿Crees que realmente tiró los negativos, como nos dijo?

Marta Quién sabe. Qué más da. Está muerto.

Silvia Realmente, nos lo pasamos muy bien.

Marta nos responde.

Silvia Fueron los días más intensos y felices de nuestra existencia.

Marta sigue sin responder.

Silvia Reconócelo, Marta.

Marta *(Después de dudar otro par de segundos.)* De acuerdo, lo reconozco: fueron los días más intensos y felices de nuestra existencia.

Silvia Eso es.

Marta Y ya no volverán.

Silvia No.

Silvia alza los brazos y coloca las palmas frente a Marta. Marta hace lo propio y comienzan a jugar a aquel juego de palmearse al ritmo de una canción. La primera vez, Marta lo hace con cierta desgana. La segunda es más rápido y terminan riéndose.

Silvia ¿Por qué has venido?

Marta Mañana es mi cumpleaños.

Silvia ¿No me digas?

Marta Ya no te acordabas, ¿verdad?

Silvia No: ha pasado mucho tiempo.

Marta Estoy pensando en hacer una fiesta.

Silvia ¡Qué bien!

Marta Una gran fiesta: alcohol, tabaco, porros, música de nuestra época,
dos tíos que se desnuden...

Silvia ¿Has venido a invitarme?

Marta No.

Silvia ¿No?

Marta Pues no.

Silvia ¿Por qué no?

Marta Pues porque tú estás muerta, Silvia.

Silvia ¿Qué?

Marta Que estás muerta.

Silvia ¿Qué dices, loca?

Marta Eso: que estás muerta.

Silvia No puede ser.

- Marta Es. Tú ibas con tu padre en vuestro Renault 5. Era un siete de marzo. Te había recogido de tu clase de ballet. Tu padre fue a adelantar a un camión, y se dio de frente con un Seat 124 color mierda. Cabezas seccionadas. Muerte instantánea. Los dos: tu padre y tú. Y tú tenías catorce años.
- Silvia No puede ser, no me acuerdo de eso...
- Marta Yo sí, perfectamente. Aquello fue realmente espectacular, enhorabuena. La monja entró a la clase de las nueve y nos ordenó que fuéramos a la capilla. Allí estaba la directora, hecha una Magdalena. Nos lo contó todo. Y nos pidió que rezáramos por tu alma tres "Ave María". Yo no recé, por supuesto.
- Silvia Es como si me lo contaran por primera vez...
- Marta Fuimos a la misa de tu entierro al día siguiente. Y a mí, como era tu mejor amiga, me obligaron a leer un poema.
- Silvia No sé de qué me hablas.
- Marta Claro que sabes de qué te hablo. No disimules más, Silvia: tú no tienes esta casa, ni los óleos, ni a tu marido, ni esa foto de tus hijos en un campamento. Tú no tienes nada. Ni estás contenta con tu vida, ni eres feliz, ni te van divinamente las cosas. Ni siquiera te vas la semana que viene a Suecia. Y te diré lo peor: El *single* que te firmó Miguel Bosé, ya no lo tienes, lo tengo yo.
- Silvia No puede ser, no puede ser. (*Llora.*)

Marta *(Se levanta, toma la mochila indignada.)* Sí, ahora, llora. Pues lo siento, esta vez no te vas a salir con la tuya, porque no pienso invitarte a mi cumpleaños, Silvia.

Silvia Marta...

Marta Cállate.

Marta se pone en marcha. Silvia levanta la cabeza, mira a Marta con los ojos bañados en lágrimas, moqueando sobre su propio vestido.

Marta Silvia; la última.

Marta tacha su nombre de la lista. Silvia se queda sola. Se hace un oscuro denso, como si la muerte hubiera pasado sobre Silvia y se la hubiera tragado para siempre.

Marta cumple treinta

El banco del principio. Una tarde de cumpleaños solitaria. Marta se sienta, sonrío. Lleva la caja de sus recuerdos. Deja en ella el pequeño block de notas, los discos, todo. Deja la caja en el suelo después, pegada al banco, esperando que alguien la pueda encontrar y sacar algo de tan poco. Saca una vela, la clava en el centro de la tarta. La enciende. Comienza a cantar "oh! Happy day". Acaba. Suenan los truenos de una gran tormenta.

Marta Feliz cumpleaños, Marta.

Un gran silencio. Marta tiene la mirada perdida, la mano reposada sobre el respaldo del banco, la respiración suspendida. Apenas el aliento para contestar. Comienza a llover estrepitosamente. La lluvia apaga la vela. Al tiempo que la llama se extingue, el oscuro.

Suena la última canción: Everybody needs somebody.